

# *El distintivo del cristiano*

---

2ª Corintios

1.12 – 2.4

## Promesas que cumplir

James Thompson

«[...] para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo» (2.4).

Los escándalos en que se han visto implicadas varias instituciones, en los últimos años, han aumentado sin duda el cinismo que se ha generado en torno a todas las instituciones y sus dirigentes, cinismo que impera en medio de amplios sectores de la población. La expresión «servidor público» ha llegado a tener un significado irónico, después de la publicación que se ha hecho de reportajes sensacionalistas, acerca de servidores que del todo no han servido al público. Los escándalos no insinúan que todas las instituciones públicas y privadas tienen como dirigentes a hombres interesados o corruptos, cuyo único propósito sea lograr ascensos para sí mismos, y estafar al público. Sin embargo, es de lamentar que tales escándalos hayan sido la causa de que se susciten dudas, y se genere cinismo, actitudes que han obligado a todas las instituciones a demostrarle al público su legitimidad.

Es de esperar que un generalizado cinismo se convierta en un factor que incida en la vida de la iglesia. Ahora no sólo le hacemos frente a temas doctrinales cuyo objetivo es determinar en qué consiste un auténtico ministerio, y tampoco solamente nos preocupa encontrar el modelo que se debe seguir para darle forma al ministerio. Ahora también existe la necesidad de dar pruebas de la

integridad de los que participan en los diferentes ministerios de la iglesia. El cinismo de la actualidad nos ha dado ojos y oídos para examinar cada decisión y programa que la iglesia pone en práctica, con el fin de estar seguros de que en ellos no haya señales de que alguien se esté promoviendo a sí mismo.

La crítica que comúnmente se oye es que los que afirman hablar en nombre de Dios y ser «nuevas criaturas» (5.17) no son diferentes del resto de la gente: Se presta atención a estándares deliberadamente concebidos, del mundo, para tomar importantes decisiones acerca de la vida cristiana, y acerca del lugar que uno ocupa en el servicio. Algunos cristianos escogen el lugar en el que van a servir del mismo modo que aceptan un puesto en una compañía: por medio de preguntar cuál grupo les facilitará el mejor ambiente para su propia realización. Escogemos a los dirigentes de la iglesia atendiendo a los mismos criterios que usa el resto del mundo. Según lo ve el cínico, el ministro está a la venta, siempre presto a trasladarse de un ministerio a otro, si estima que el cambio va a significar un ascenso en su carrera, y un mayor reconocimiento por parte de los demás.

Por supuesto que el cínico no siempre tiene la razón. No es todo el tiempo que tomamos decisiones

atendiendo a criterios mundanos. Sin embargo, a menudo caemos en la tentación de usar criterios mundanos para establecer la misión de la iglesia, y el lugar que deseamos ocupar dentro de ella. La «generación del yo primero», en la cual vivimos, nos seduce con la idea de buscar primeramente nuestro propio ascenso personal. No hay duda de que el cínico ha tenido la razón algunas veces.

Segunda de Corintios es una reacción a las diferentes críticas que comúnmente se lanzan hoy día. Es una barbaridad que Pablo haya sido puesto a la defensiva por la misma iglesia que él fundó, y también lo es que él se viera en la necesidad de responder a las acusaciones de ellos, y de dar pruebas (13.3) de que Cristo habla en él. Lo más extraordinario acerca del libro es que él responde con gran cuidado a las acusaciones, y lo hace porque no basta con sólo actuar con integridad; los demás también necesitan saber que hemos actuado con integridad (cf. 1.13–14; 13.6).

### LO IMPORTANTE ES EL MENSAJERO

Cuando Pablo escribía sus epístolas, él acostumbra a indicar muy cerca del comienzo el asunto más importante que lo movía a escribirlas. Sus epístolas se escribieron siempre en respuesta a problemas concretos. Por lo general, este asunto más importante se declaraba inmediatamente después de la acción de gracias, o de la bendición. En 2ª Corintios, este asunto más importante se encuentra en 1.12–14, pasaje que define el cariz que tomará la epístola. El asunto que trata 2ª Corintios, según dejan manifiesto estos versículos, es la conducta del apóstol. Pablo escribe esta epístola con el fin de defender la manera como él se ha «conducido en el mundo» (1.12). El cariz que se define en 1.12–14 sugiere que su conducta personal es objeto de ataque. Espera que sus lectores entiendan (1.13).

«Hay algo —dice el apóstol— de lo cual nos gloriamos» (1.12; NEB). La palabra que se traduce por «gloriamos» (*kauchesis*) aparece normalmente con la connotación negativa de «jactamos». Es una palabra que normalmente expresa la idea de uno que se jacta de su obra (cf. Romanos 3.27; 4.2) sin tomar en cuenta la intervención de Dios. En 2ª Corintios, esta palabra tiene un significado especial, pues los oponentes de Pablo se han jactado de sus propias obras, insinuando que, en comparación con ellos, él es un apóstol de baja categoría (cf. 5.12; 10.13, 17). La jactancia de ellos se ha basado en criterios humanos.

Existe, no obstante, una clase de jactancia que es apropiada (cf. 1ª Corintios 1.31): la jactancia

que se tiene «en el Señor», y que reconoce que está endeudada delante de Dios. Las palabras que se traducen por «gloriarse» (*kauchesis*, *kauchema*) son las que se usan para expresar que uno «se enorgullece» de su obra. Lo siguiente es lo que dice Pablo en Romanos: «Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere» (Romanos 15.17). En 2ª Corintios, él responde frecuentemente a la jactancia de otros trayendo a la memoria las acciones de las cuales él «se enorgullece» (10.16; 12.1, 9). Según Pablo, es lícito «enorgullecerse» de otros. Según expresa en 7.4, es «mucho» lo que él se gloria con respecto de la iglesia que había fundado (cf. 9.2). De hecho, Pablo expresa claramente en 1.12 de qué es lo que «se enorgullece», y lo hace con el fin de que sus lectores puedan «enorgullecerse» de él. Esta expresión de Pablo sugiere que el verdadero siervo de Cristo puede enorgullecerse de un estilo de conducta que se caracterice por ser cristiano. Un gran tramo de 2ª Corintios se compone de recordatorios que hace Pablo de detalles concretos de su ministerio que lo recomiendan (6.4) como un legítimo siervo de Cristo.

La Segunda de Corintios se caracteriza por una extraordinaria cantidad de detalles autobiográficos dados por Pablo, y la mayor parte de ella es una forma de enorgullecimiento que se hizo en defensa de sí mismo (cf. 6.1–10; 11.23–33). La manera natural como respondemos a cualquier clase de jactancia es sintiéndonos incómodos. La experiencia de Pablo sugiere que no está de más hacer memoria de detalles que demuestren nuestra credibilidad. Nos mostramos reticentes a hablar en términos tan personales de nuestras propias experiencias, y a escuchar a otros que hagan memoria de su propia trayectoria. Sin embargo, la «jactancia» de Pablo es un recordatorio en el sentido de que a veces necesitamos demostrar que no hemos llegado a ser perezosos, ni hemos perdido el interés en nuestro ministerio. Es por medio de obras concretas que damos a conocer que «nos enorgullece» nuestro trabajo.

Pablo tiene que responder a la misma acusación que el cristiano de hoy día, por lo general, también se ve en la necesidad de responder: la acusación en el sentido de que son las consideraciones «mundanas» las que determinan nuestra conducta. Él niega haber actuado «con sabiduría humana [*en sofia sarkike*]» (1.12). «¿O lo que pienso hacer —pregunta él—, lo pienso según la carne?» (1.17). Esta defensa refleja que se le ha acusado de hablar y actuar «según la carne [*kata sarka*]» (5.16) y no como una «nueva criatura» (5.17) que vive por el don del Espíritu Santo. Esto es, algunos andan diciendo que es la carne (*sarx* en 1.12, 17; 5.16) la que gobierna

la vida de Pablo. Sus oponentes afirman que él no es diferente de nadie más, y que es tan calculador y tan interesado como cualquier otro.

Al verse en tal situación, Pablo alega que su conducta fue la de un hombre espiritual, y que se comportó «con sencillez y sinceridad de Dios». Aparentemente, el anterior era un asunto importante, pues Pablo insiste en 2.17 en que él ha vivido su vida con sinceridad. Pablo no se libró de la acusación en el sentido de que él es «astuto» o «tramposo» en su ministerio. Así, él alega que por la influencia de Cristo ha habido un cambio en su conducta (1.12–14).

La defensa de Pablo nos recuerda que nadie escapa al examen detallado del cínico. A veces los dirigentes de la iglesia, y los que están ocupados en diferentes ministerios, van a ser observados con el fin de detectar en ellos señales de que no son cristianos en su comportamiento. El precio que pagamos por afirmar que somos nuevas criaturas es que se nos exige que demostremos que algo «nuevo» hay en la obra con la cual nos hemos comprometido.

### LOS CRISTIANOS Y SUS DECISIONES

El incidente que suscitó dudas acerca de la sinceridad de Pablo fue parecido a las situaciones que a menudo ocurren entre nosotros, y que llevan a malos entendidos. Pablo les había prometido a los corintios, una vez, que él iba a pasar un prolongado período de tiempo con ellos, tal vez incluso el invierno (1<sup>era</sup> Corintios 16.5–6), promesa que cumpliría cuando hubiera pasado por Macedonia (1.15–16). Según 1.15, 23 a Pablo no le salieron bien los planes. Este cambio de planes dio lugar a que se le acusara de actuar con «ligereza», y de pensar «según la carne», en la forma como tomaba sus decisiones. Imaginémonos los malentendidos que pudieron haberse originado a raíz de tal incidente: «No cumple lo que promete»; «No se puede confiar en él, porque su palabra no vale. Cambia de planes sin dar previo aviso, y lo hace cada vez que le conviene». Las anteriores son acusaciones serias en contra de uno de los siervos de Cristo.

No hay quien pueda servir a Cristo satisfactoriamente mientras su lealtad y fidelidad estén cuestionadas. En consecuencia, Pablo demuestra en 1.18–20 que se puede confiar en su palabra: «[...] nuestra palabra a vosotros no es Sí y No» (1.18). Después pasa a recordar que la proclamación cristiana jamás ha sido un confuso «Sí y No». En todo servicio de adoración, cuando la iglesia dice «Amén», ella está recordando que Jesús es el «Sí» de Dios. De hecho, Pablo resume toda la Escritura bajo el

encabezado de la promesa de Dios. La iglesia sabe en Jesús que la palabra de Dios «no volverá a [Él] vacía», y que «hará lo que [Él desea]» (Isaías 55.11).

A primera vista, el breve ensayo sobre la fidelidad de Dios a Su palabra (1.20), parece salir sobrando en la defensa que hace Pablo de su conducta. Sin embargo, es de suma importancia que Pablo demuestre que su conducta es consecuente con el Dios que cumple Su palabra. Hay una estrecha relación entre la naturaleza de Dios y el carácter del ministro auténtico.

¿En qué consiste el distintivo del cristiano? Una prueba, según Pablo, la constituyen la fidelidad de su palabra, y el cumplimiento de los compromisos que él adquiera con otras personas. El verdadero siervo de Cristo no se limita a anunciar la fidelidad de Dios a Su Palabra en Jesucristo. Lo que lo distingue como cristiano es que además encarna un estilo de vida de fidelidad a los demás.

Es poco probable que esta prueba de autenticidad sea apreciada dentro de la cultura en que vivimos, pues el cumplimiento de compromisos no es un valor muy importante para ella. La propaganda de la era en que vivimos nos dice que «hay que reservarse la posibilidad de elegir», y que hay que ser infinitamente adaptable. El «reservarse la posibilidad de elegir» lleva implícito el rehusarse a la adquisición de compromisos que no nos produzcan algún beneficio. La propaganda de la era en que vivimos insinúa que es incluso imposible comprometerse indefinidamente con un cónyuge, porque tal compromiso interfiere con la libertad personal. Somos parte de una cultura que prefiere «ver los toros desde la barrera», y estar siempre a la expectativa de seguir la opción que nos enriquezca.

Este punto de vista «mundano» tiene una obvia tentación para la iglesia. Es difícil mantenerse leal a una iglesia que tiene problemas. Los que eligen ser partícipes del dolor que produce el compromiso, pagan un alto precio psicológico y físico al mantenerse fieles a una comunidad cuyos problemas escapan al control de ellos. Por ejemplo, el cambiante carácter del vecindario o de la ciudad sin duda alguna deja vulnerable a la iglesia. Una iglesia puede sufrir por causa de malas decisiones que se tomaron en el pasado. Puede que incluso llegue a causarnos insatisfacción el hecho de que repetidamente se tomen decisiones que parecen reflejar un liderazgo débil. Desde un «punto de vista humano», la respuesta apropiada es «reservarse la posibilidad de elegir», y mantenerse al margen de los problemas de una comunidad.

Pablo insiste en que, aun cuando otros lo acusen

de ser inconstante, su conducta es consecuente con el evangelio. Del Dios que dice «Sí» a Sus promesas, él ha aprendido a tomar en serio sus compromisos personales. Aun cuando las circunstancias lo obligaron a cambiar sus planes, sus acciones no fueron dictadas por la conveniencia personal. Para Pablo, había un carácter personal que era moldeado por la historia del evangelio.

La defensa de Pablo indica que un auténtico discipulado no es solamente cuestión de decir las palabras correctas. También supone un comportamiento que sea consecuente con nuestro mensaje. Sören Kierkegaard cuenta acerca de un hombre que escapó del manicomio tan sólo para verse ante la posibilidad real de ser reconocido como demente por los habitantes de la ciudad más cercana a la que huyó, y de ser devuelto a la institución. Decidió entonces disimular su demencia por medio de declarar en voz alta alguna verdad aceptada por casi todo el mundo, la cual probará a todos los que oyeran que él estaba cuerdo. Anduvo, pues, por las calles, diciéndoles a los transeúntes: «La tierra es redonda. La tierra es redonda». Huelga decir que fue reconocido y devuelto al manicomio. El narrador de este relato estaba proponiendo que no basta con decir la verdad. Hay algo de absurdo en la verdad que está en la boca de aquel cuya vida no ha sido afectada por tal verdad.<sup>1</sup>

El verdadero cristiano ha sido moldeado por la historia que predica. Aunque es verdad que predicamos a Cristo, y no a nosotros mismos, hay un «yo» de por medio en nuestra proclamación y enseñanza. El repetido uso del «yo» en 2ª Corintios es un recordatorio de que el evangelio es convincente solamente si su siervo es convincente.

A la acusación en el sentido de que él es un hombre «carnal» (NASB, literalmente: «hombre de la carne», 1.12), Pablo responde a sus lectores recordándoles que el Dios que cumple Su Palabra fue el que le encargó a él la predicación del evangelio (1.21), y también el que le dio el Espíritu a la iglesia, para que ésta tuviera «garantía» (1.22, NASB; cf. 5.5; Efesios 1.14) de Sus promesas. La «garantía» dada por Dios, ya presente en la iglesia por medio del Espíritu, es un recordatorio de Su fidelidad. Pablo se conduce de un modo que es consecuente con la fidelidad de Dios.

---

<sup>1</sup> Sören Kierkegaard, *Concluding Unscientific Postscript (Post-scriptum definitivo y no científico a las migajas filosóficas)*, trans. David Swenson and Walter Lowrie (Princeton: Princeton University Press, 1941), 159; quoted in Fred Craddock, *Overhearing the Gospel (Necesidad de prestar oído al evangelio)* (Nashville: Abingdon, 1978), 50.

## «[...] CUÁN GRANDE ES EL AMOR QUE OS TENGO»

¿Por qué incumplió Pablo su palabra, y dejó así expuestos sus motivos para ser examinados? Él da una clara respuesta en 1.23, cuando dice: «[...] por ser indulgente con vosotros no he pasado todavía a Corinto». Luego pasa a describir la tormentosa relación que tenía con la iglesia de Corinto, descripción que no se recoge en ningún otro pasaje. Tal como lo demuestra 1.3—2.13, la iglesia de Corinto le había causado a Pablo gran tristeza. En una ocasión, Pablo les había hecho una penosa visita (2.1), con el fin de tratar una rebelión de parte de uno que había causado gran tristeza (2.5). Más adelante les escribió una carta «por la mucha tribulación y angustia del corazón» (2.4). Posteriormente, Pablo fue a Troas, donde tuvo la esperanza de hallar a Tito. Aun en medio de una exitosa labor misionera («se me abrió puerta en el Señor»), Pablo se despidió y partió para Macedonia (2.13). La intensidad de la preocupación de Pablo se expresa en 2.13, donde dice: «[...] no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito [...]». ¡Puso en peligro una exitosa misión por el bien de una iglesia desobediente!

Desde un punto de vista humano, los valores de Pablo parecen extrañamente inapropiados, pues sigue emocionalmente vinculado a una iglesia problemática. No es fácil entender por qué estuvo tan dispuesto a renunciar a la posibilidad de un gran éxito, con el fin de tratar con una iglesia conflictiva y desagradecida. Sin embargo, Pablo era sensible, como afirma más adelante (11.28), a «la preocupación por todas las iglesias». Usando un lenguaje contemporáneo, podríamos decir que el distintivo del cristiano consiste, para Pablo, en aceptar el estrés que produce la preocupación por el bien de la iglesia.

La «preocupación [de Pablo] por todas las iglesias» y su constante presión es señal de un desinterés que va en sentido contrario al «punto de vista humano». Sus acciones demuestran que el único motivo que tuvo para hacer lo que hizo, fue la preocupación por los demás. Dice que lo hizo «[...] por ser indulgente» (1.13). Sorprendentemente, dice que actuó así para mostrar «el amor» (2.4) que le tenía a esta iglesia desobediente. Esta iglesia en particular no era fácil de amar.

A menudo hablamos acerca de la necesidad de evitar situaciones estresantes. Hay quienes dicen que los ministros y otros obreros no deberían llevarse los problemas de la iglesia para su casa. Sin embargo, el distintivo del cristiano es su buena disposición a sufrir inconvenientes por el bien de

los demás. Puede que esto incluya el recibir llamadas telefónicas inoportunas, y el tener que participar en reuniones que interfieren con los planes normales. Se necesita tener la voluntad de despojarnos a nosotros mismos por el bien de los demás. El modelo para nuestra obra no es el gerente que puede poner en su puerta un rótulo que diga: «¡No molestar!», cada vez que lo desee; lo es, más bien «el hombre que se dio a los demás», el que dio Su vida por muchos.

El modelo de Pablo era Aquel que se dio a Sí mismo a los demás. Al sufrir tristeza junto con la iglesia, él demostró el impacto que tuvo la cruz en su vida. Esto es lo que escribe: «[...] si uno murió por todos, luego todos murieron» (5.14). Este evento significó el final de la era del vivir para sí (5.15).

## CONCLUSIÓN

¿En qué consiste el distintivo del cristiano? Para Pablo, consiste en una vida en la que demuestra haber sido moldeado por la historia del evangelio. «Echen una mirada a mi historial —parece estar diciendo— y vean si es el historial de un vividor de la religión». «Fíjense en la historia de mi vida, y vean si se ajusta a *la historia de la vida de Cristo*.» La anterior respuesta constituye el máximo distintivo del cristiano.

Los que estamos ocupados en un ministerio, estamos compilando un historial, al cual es preciso referirnos, ya que él constituye el testimonio de nuestro grado de dedicación. Si el mensajero importa tanto como el mensaje, la conducta del mensajero mostrará si éste ha sido moldeado por el mensaje que proclama. ◆

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS